

de Andrés. Toda la secuencia narrada por el joven no proyecta sino el mundo personal que le pertenece: con toda la matización con que el temple de ánimo colorea la secuencia, o configura el *tempo* narrativo o las recurrencias con que se estructura el sentido estático y circular de su experiencia amorosa. Son eminentemente sus palabras y su expresión, definitivamente su mundo. La otra secuencia muestra elementos cuyo sentido cabal sólo puede ser aprehendido cuando los consideramos en conexión con la existencia de Andrés. La madre se convierte en figura cuyo relieve contribuye a proyectar o irradiar las condiciones diferenciadas de la evolución del joven, sobre la cual no tendríamos, de otra manera, referencia alguna. La yuxtaposición de varias perspectivas en el sugestivo *découpage* de la novela sirve a la integración de la imagen compleja del mundo de Andrés; ello confiere a la novela la unidad cósmica que uno de los estratos configuradores del mundo es capaz de comunicarle cuando se erige en estrato fundamentalmente estructurante del mundo. Allí, pues, donde la disposición de los motivos, o el análisis del contenido cósmico, de niveles de realidad y de modos de experiencia del mundo, muestran una multiplicidad de facetas que parecen no integrarse plenamente; allí desde el punto de vista de la estructura, muestran en el mundo de Andrés, en su figura personal, el elemento fundante del orden cósmico de la narración. De esta manera las considerables restricciones que padecen en esta novela los elementos tradicionales de la situación narrativa son compensadas por el poder integrador que el mundo personal de Andrés tiene para poner en conexión y dependencia los diversos momentos aparentemente inarticulados de la novela. Ahora bien, ese mundo pone en juego una tensión fundamental en que diversamente se ordenan las figuras y los momentos narrativos de la obra. Los elementos extremos de esa tensión están propuestos en las palabras de Jean-Marc que no consiguen penetrar hondamente en la conciencia de Andrés. Ellas refieren al sentido de una angustia que se mueve en la vacilación entre lo inmutable y lo mudable, entre la desesperación de las situaciones extremas y la ceguera de las situaciones medias. Sybille, Jean-Marc, Laura, Mónica, Julito entran en ese mundo desde perspectivas diferentes en modos y maneras distintos, cada una iluminando una faceta o proyectando una luz diferente sobre la realidad compleja del mundo personal del joven. La complejidad que confieren a la imagen del mundo personal es riqueza de dimensiones; aproximaciones diversas a una realidad humana últimamente inabarcable.

CEDOMIL GOIC

MARTA BRUNET. OBRAS COMPLETAS. Prólogo de Alone. Empresa Editora Zig-Zag, Santiago de Chile, 1963. 871 páginas.

Cuando se publican las obras completas de un autor vivo, queda entendido que no son, por esencia, completas, pues en cualquier momento

podrá él lanzar un nuevo libro. En el caso de estas obras de Marta Brunet, Premio Nacional de Literatura (1961), que disfruta de buena salud y que está actualmente fuera de Chile, en el ejercicio de un cargo diplomático, dicho queda, pues, que podrán ser adicionadas con nuevos títulos. Pero hay más. Suponiendo que estas obras hubieran sido recogidas en 1963, como dicen las constancias editoriales del impreso, ¿están allí efectivamente todas las páginas que hasta esas fechas produjo la autora?

Podríase aventurar que no. Marta Brunet es autora de multitud de pequeñas notas literarias, periodísticas, de actualidad, desperdigadas en diarios (*La Nación*, de Santiago, por ejemplo) y revistas (*Familia*, que ella dirigió por varios años, firmadas unas veces con su propio nombre, otras con seudónimo. Para orientar futuras pesquisas, digamos, al pasar, que la escritora ha empleado, entre otros, seudónimos tales como Aladina (en *La Nación*) e Isabel de Santillana (en *Familia*), y este último hasta 1939, en que salió de Chile como miembro del servicio exterior, a servir un cargo consular en la República Argentina.

Teniendo todo esto en cuenta, ¿qué debe entenderse entonces por *Obras Completas*? Difícil es decirlo. *Grosso modo*, podría suponerse que se llama así la reunión de los diversos libros que Marta Brunet ha publicado desde los comienzos de su carrera literaria, en concreto desde *Montaña adentro*, 1923, y hasta *Amasijo*, novela editada en 1962; pero que el material de estas obras no aparece en el mismo orden cronológico de las ediciones, sino en otro, diferente, que sin duda facilita la consulta.

El orden escogido divide la producción de la autora según diversos conceptos, o especialidades. La primera especialidad es el cuento, donde aparecen cuarenta y tres relatos; la segunda es una especie de subdivisión dentro de la otra, pues habla de "cuentos para niños", donde aparecen títulos de serie, a saber: *Cuentos para Mari-Sol*, *Las historias de Mamatolita* y, en fin, *Aleluyas para los más chiquitos*. Pero en este último título se da la singularidad de que no son cuentos, en prosa, los que allí se leen, sino versos infantiles. Las *aleluyas* no son, pues, cuentos propiamente tales sino pequeños poemas infantiles, dedicados a los niños.

El otro concepto empleado en la recolección señala las *Novelas cortas*, donde aparecen la ya mentada *Montaña adentro*, más *Bestia dañina*, *María Rosa*, *flor del Quillén* y *La mampara*. Finalmente, hallamos las obras que la selección indica como *Novelas*, con los siguientes títulos: *Bienvenido*, *Humo hacia el Sur*, *María Nadie* y *Amasijo*. El libro está precedido de un *Prólogo* con la firma de Alone (p. 11-16), que es sin duda entre los críticos quien mayor atención ha manifestado, a lo largo de más de cuarenta años, al hecho literario amparado bajo el nombre ilustre de Marta Brunet; e integrado por un apéndice donde vemos unas Notas biográficas, una lista de Obras y otra de Referencias, todo ello de suma utilidad para la consulta.

En este apéndice encontramos, por lo demás, algunas novedades. Según allí se dice, la autora nació en Chillán el día 9 de agosto de 1897, y no

en 1901, como hasta hoy se tenía entendido. El viaje a Europa hecho en compañía de sus padres, de 1911 a 1914, queda entonces emplazado en una edad juvenil adecuada para producir algún efecto en el espíritu de la futura escritora. Con la antigua cronología, el viaje habría sido totalmente perdido para la sensibilidad literaria de la chica. Otra novedad: en el período de 1919 a 1923 la autora confiesa haber escrito "poesía y cuentos. Estos, publicados en *La Discusión* de Chillán" (p. 863); donde, como es obvio, tomamos contacto con una producción juvenil perdida, la cual no sólo no aparece en este volumen de llamadas *Obras completas*, sino que tampoco figura en ninguno de los anteriores libros de su firma. Cosa semejante cabe decir de las notas mencionadas en esta parte como colaboración para *El Sur* de Concepción, a modo de correspondencias escritas desde Santiago. Nueva prueba de que, como ya hemos afirmado, estas obras completas distan mucho de captar el total del mensaje literario de la escritora.

Decíamos hace un instante que el libro lleva prólogo de Alone, esto es, de Hernán Díaz Arrieta, quien hace alusión a un fenómeno ya señalado: "¿Cuántos artículos le habremos dedicado desde el lejano 1923, en que apareció? Ni aun comprendiendo los que firmamos entrarían todos en la cuenta; porque un tiempo fuimos algo así como técnicos en Marta Brunet, y, cuando alguien necesitaba dar noticias suyas, se nos exigía suministrarlas, y alguna apareció sin más variante que el nombre puesto al pie" (p. 11). Nos encontramos, como puede verse, en el plano de las revelaciones, y ésta de que alguien haya suplantado la firma de Alone en tal cual estudio sobre Marta Brunet, no deja de ser graciosa.

Debe decirse, en fin, que merced a la disposición editorial elegida para este libro no sólo se facilita la lectura de la obra de Marta Brunet sino que se mezclan en forma muy afortunada las altas cumbres y las depresiones. Tuvo ella, sin duda, tiempo disponible para ir corrigiendo, con ejemplar esmero, las escenas de *Montaña adentro*, y de allí resultó que su obra primigenia es, con mucho, la más intensa y jugosa de todas, y también la mejor escrita en cuanto ello significa aliño del estilo para encontrar una expresión buida, limpia, clara, de transparencia siempre incontaminada. En años siguientes careció, al parecer, de la misma calma, y hubo de escribir algo más a presión, de modo que en obras de la madurez hallamos titubeos y baches más propios, aparentemente, de la labor juvenil. En *María Nadie*, por ejemplo; que es muy bella obra por otros motivos, es notoria la mezcla de dos intrigas o dos grupos de sucesos, soldados un tanto de prisa.

En el camino quedan, de otra parte, en diferentes niveles los cuentos donde sin duda se hacen notar, como más significativos en todo, los que la autora ha dedicado a los ancianos, así sean hombres o mujeres. Por solicitud propia de su rica personalidad, Marta Brunet mira con simpatía al ser sobre el cual pesan los años, y se inclina a contemplar con ojo amante sus desdichas, sus tropiezos; inclusive los tanteos de la atención y de la reflexión en que suele revelarse la avanzada edad. Sus cuentos de ancianos son, pues, los mejores de su cosecha, y pueden citarse

junto a los más dignos de la lectura entre los que forman el acervo de las letras chilenas.

El alcance más evidente de estas colecciones de *Obras completas*, inclusive si son prematuras, es que se prestan para repasar de una ojeada, por decirlo así, la tarea literaria que asumió el escritor respectivo, papel especialmente útil cuando se trata de personalidades cimeras como Marta Brunet, a quien el Premio Nacional de 1961 colocó en sitio eminente entre los escritores chilenos. El libro sobre el cual informamos está destinado, pues, a figurar en las bibliotecas universitarias y, en general, de establecimientos de estudio, donde prestará excelentes servicios.

RAÚL SILVA CASTRO

MIGUEL ARTECHE. LA OTRA ORILLA. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1964.

Dicen los lógicos que la interpretación de un juicio dado es doble: puede hacerse según la comprensión o según la extensión, desde el sujeto o desde el predicado. "Juan es soldado", por ejemplo, puede entenderse tanto como el enunciado de una de las cualidades de Juan o como el enunciado de uno de los seres —hombres— que forma parte de la extensión del concepto "soldados".

Con "La otra orilla", de Miguel Arteche, puede decirse, "mutatis mutandi", que ocurre otro tanto: ¿es ésta la novela cristiana de un poeta cristiano o son más bien sus efusiones líricas —confesiones y confusiones? Naturalmente que la única respuesta posible es que la obra en cuestión es ambas cosas y, aun más, ambas a la vez. Lo que no impide distinguir en ella, sin embargo, dos ámbitos bien diferenciados y de muy desigual calidad literaria: el narrativo y el lírico.

La historia que se ofrece al lector, con técnica ni demasiado conservadora ni demasiado audaz en las innovaciones, es la de unos amores desgraciados y culpables. Sebastián, un poeta torturado, hiperestésico, rompe en España sus relaciones con Mónica, una señora *bien* que ha conocido en Chile y cuyo amor se le hace insoportable en medio de la crisis religiosa que lo abate.

Tienen un papel confuso y hasta perturbador, en medio de estos deliquios pasionales y despedidas a la española, tanto el Cuarteto de Bartok como el recuerdo obsesivo de un niño, Cristobalito, que tan pronto parece ser Sebastián el símbolo de su propia culpa —en cuanto es testigo de sus amores adúlteros, porque es hijo de Mónica y su esposo— como el símbolo de la pureza e inocencia perdidas por el hombre (el símbolo de "el Niño"), o la presencia ominosa de la muerte y del absurdo en la existencia humana: Cristobalito ha muerto en un accidente automovilístico, una noche en que Mónica corría, volaba, de Aguas Os-